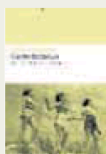


Femenino plural

La emoción más allá del género

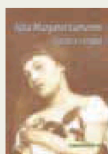
'La tertulia', cuadro de
Ángeles Santos,
fechado en Valladolid
en 1929.

EL NORTE



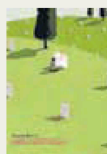
CUATRO HERMANAS

Jetta Carleton, Libros del
Asteroide, 416 pp., 21,95 €.



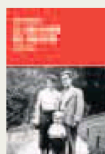
POESÍA Y VERDAD

Julia Margaret Cameron,
Casimiro libros, 80 pp., 8 €.



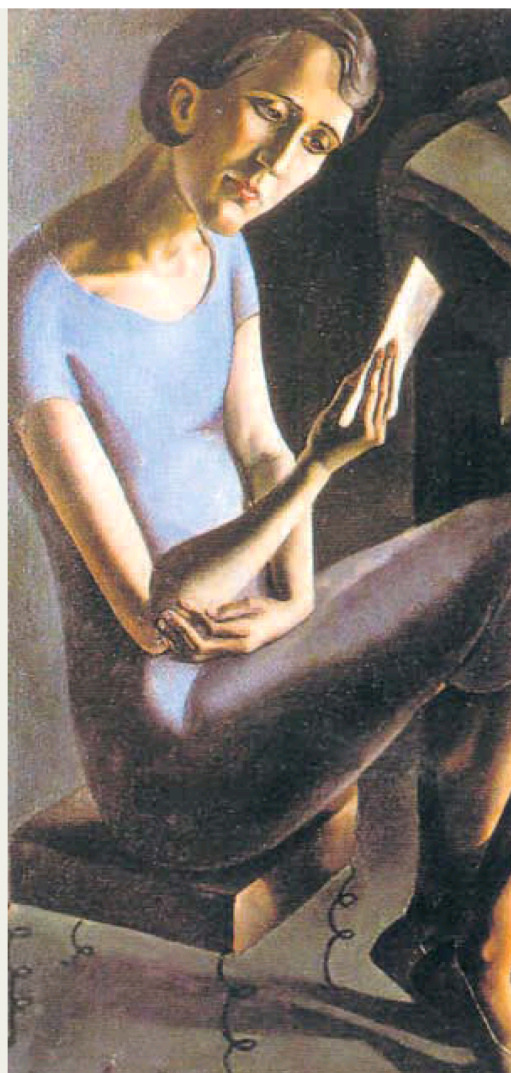
QUIEN ASÍ TE AMA

Edith Bruck, Ardicia, 160 pp.,
16,50 €.



EL LADO VACÍO DEL CORAZÓN

Erich Hackl, Periférica,
176 pp., 16,95 €.



Una granja en Misuri, pastizales y tierras de labor con casa y granero, «ochenta hectáreas bañadas por las lentas y parduscas aguas del Little Tebo», «una pequeña isla en un mar de verano». Tres hermanas que tornan al hogar cada año para una quincena de vacaciones, con la nostalgia de la niñez y la juventud a sus espaldas. La vida placida: nadar y pescar en el arroyo, hablar, cotillear sobre el disperso vecindario; zanganear, en definitiva. En ese ámbito tan entrañable se desenvuelve 'Cuatro hermanas', que reedita Libros del Asteroide, la única novela publicada por Jetta Carleton, en la que se conjugan el instinto narrativo y el acento característico de otras damas sureñas tan admirables como Wi-

lla Cather, Eudora Welty, Flannery O'Connor o Carson McCullers.

Más o menos por las fechas en que la escritora de Holden sitúa la acción de 'Cuatro hermanas', con el culto a la belleza como religión, Julia Margaret Cameron fatigaba un nuevo arte aún en pañales, el de la fotografía, en sus dos inigualables mansiones bautizadas como 'Dimbola' tanto en la isla de Wight como en Ceilán. 'Poesía y verdad' (Casimiro) es un acercamiento a su figura. El eje del librito son sus conmovedores 'Anales de mi casa de cristal', «relato de un trabajo infatigable», el de fotografía, claro, «adornado con alguna anécdota relevante». Se incluyen también una carta al científico John Herschel, a quien se atribuye la invención del término 'fotografía'

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



y el poema 'De un retrato' sobre el hechizo y el misterio de la hermosura.

No menos interés tiene la semblanza biográfica que traza Virginia Woolf de su indomable carácter, apasionado y talentoso, altruista y excéntrico, con tendencia a lo pintoresco. Entre otros datos curiosos señala que no dispuso de cámara, y merced a un regalo de su hija y su marido, hasta que no cumplió cincuenta años. Si bien a partir de ahí volcó toda su sensibilidad, hasta entonces dispersa, en el arte recién nacido, construyó en el corral una especie de gallinero acristalado a modo de estudio y transformó la carbonera en cuarto oscuro.

En el prefacio, 'La fisura del gesto', el escultor Luis Moreno Alvarado fija los aspectos técnicos en que cimentó su

peculiar estética, con sesgo pictórico, esta artista cercana al prerrafaelismo de Dante Gabriel Rossetti y deudora de la poética de Alfred Tennyson. Suyo es uno de los retratos más conocidos de Darwin, que forma parte de la docena de fotografías de estudio, a cual más fascinante, reproducidas en la edición. En general son primeros planos en los que busca, y encuentra, la interioridad de sus modelos, con presencia asimismo de composiciones líricas y alegóricas. El volumen se cierra con un ensayo de Roger Fry que subraya la acusada personalidad de Cameron, capaz de sortear los rígidos códigos morales de la época victoriana, siempre a favor de lo bello y contra cualquier convencionalismo que lo apocase.

Una quietud chejoviana,

serena, con algo de los pioneros que se abrían paso con la mirada febril y el hacha de Dios a través del Medio Oeste, determina la atmósfera de fondo de 'Cuatro hermanas'. Hay también en este novelón a la antigua usanza, con sorpresa final, un aire de las baladas de antaño hechas de amores y pesares. Cortinas de encaje, veladas en el porche, carruajes con sombrilla, yuntas de bueyes, luciérnagas entre las rocas, damas de noche como un milagro, miel silvestre y agua de manantial, escaramujos y caquis, cestas con arándanos, melocotones y nogales negros, espinos blancos a la luz de la luna, una garza blanca, trinos de jilgueros, lentas mecedoras, galletas de jengibre, jalea de moras, jarras de té helado o de safrán. En cosas así se funda



el encanto de la narración de J. Carleton.

La húngara Edith Bruck, una de las escasas supervivientes de Auschwitz –donde llegó con doce años, aunque parecía mayor, lo que le salvó el pellejo– aún viva, acaba de ser traducida por vez primera al español. 'Quién así te ama' (Ardicia), espléndido título, una narración autobiográfica publicada originalmente en italiano, en 1959, constituye, según Primo Levi, «un testimonio apasionado e inolvidable del descenso al infierno». Y tanto, desde su fraseo urgente, casi notarial, se lee con la emoción en vilo. Me ha recordado al escalofriante documento 'El humo de Birkenau' (Acantilado) de la trasalpina Liana Millu, que se cita en el colofón, si bien no llega a su dantesca claustrofobia y, por

otra parte, el libro de E. Bruck aborda su estancia en los lager en mitad de un ejercicio evocador que abarca desde su nacimiento a su desencantada estancia en Israel.

Lo estremecedor surge entre sus páginas, como en J. Carleton, desde el poso de la memoria, pero aquí no hay nostalgia que valga y pueda matizar el dolor, sino que, con los padres muertos y los hermanos desperdigados tras la barbarie nazi, sólo cabe levantar acta para conjurar en cierto modo la amargura. Y E. Bruck lo hace desde el principio, desde su niñez miserable, de pobre de solemnidad, y, con todo, la etapa más feliz de su existencia, pues a partir del encarnizamiento del antisemitismo antes de la deportación, con su crueldad gratuita, todo se vuelve más negro.

«Lo estremecedor surge en 'Quién así te ama', como en J. Carleton, desde el poso de la memoria»

«La sombra del antisemitismo planea también sobre 'El lado vacío del corazón'»

Y no mejora, claro, con la detención, el gueto y el traslado como bestias apastadas hasta el campo de exterminio y el posterior peregrinaje por otros campos de concentración, siempre al borde de la muerte. Un año interminable al que sobrevive gracias al calor cercano de su hermana, si bien las penalidades persisten tras la liberación y la vuelta al hogar que ya no existe. Es más, tal vez lo más terrible sea el comportamiento de otra hermana, que la acoge con regañadientes a su regreso a Hungría y la vileza generalizada durante la posguerra, a tal punto que piensa suicidarse cuando en los lugares de la abyección sobrevivió a toda costa.

Tampoco, luego, sus sucesivos y prematuros matrimonios ni su emigración a la tie-

rra prometida mejoran su ánimo.

La sombra del antisemitismo planea también sobre 'El lado vacío del corazón' (Periférica) del austriaco Erich Hackl, cuyo título en español recuerda poderosamente, aunque nada tenga que ver, a la inolvidable película de Eliseo Subiela con poemas de Gironde, Gelman y Benedetti. Del autor, que fue estudiante de filología en Salamanca y Málaga, se han publicado varias narraciones en nuestro idioma. A rebufo de ésta, he releído la nouvelle 'Adiós a Sidonie' (Pre-textos), que en su día me gustó mucho, retrato espléndido de una pobre niña gitana abandonada al nacer y su destino en los mismos tiempos convulsos e infames. Y de su sacrificada madre de acogida.

Fruto también de un cruce de investigaciones aderezado por la ficción, E. Hackl levanta aquí una historia verdadera, basada en sucesos reales. Los diversos pormenores familiares están trenzados a un ritmo vertiginoso, ciñéndose a los hechos, terribles, con un instinto narrativo indudable. Aun situándose en un segundo plano frente a la relación problemática de un hijo huido de la RDA con su padre comunista, las mujeres están dibujadas de una pieza. Apechan, como siempre, aparte de fregar, lavar, limpiar, coser... con la parte enojosa y repulsiva de la vida, además de con el sufrimiento, la abnegación y la lucha por mantener a los suyos. Así la abuela, muerta antes de los cincuenta tras trece partos y la madre, liquidada por las fiebres tifoideas, como Sidonie, en Ravensbrück, tras hambrunas, exilio, interrogaciones y deportación.

Bajo la apariencia de una novela familiar de tantas, con tintes autobiográficos, con sus secretos y mentiras y sus enredos sentimentales, mediante un lirismo sutil, compasivo, que transmite una emoción tranquila, J. Carleton da vida con desenvoltura y maestría a unos personajes igualmente muy vivos, a cuyo alrededor dispone la trama circular. Cómo olvidar a la madre, hacendosa y analfabeta, que «había arado la tierra» y «compartía los valores del campo», que adora las cosechas, el ganado bien comido y los tarros resplandecientes de mermelada. O al padre, un sobrio maestro de escuela y granjero, amante de las 'Geórgicas', de Emerson y Hawthorne, de la sabiduría, de la contemplación y de la belleza, sobre todo juvenil. O a las hijas: la más joven e intelectual; la mayor, todo corazón, feliz como una perdiz; la exigente y refinada, no menos tozuda que la rebelde y trasto, que de todo tiene que haber en la viña del Señor. O a los secundarios que aparecen para perturbar la paz doméstica, la aparente calma idílica de la granja de Misuri: un jornalero vagabundo, un buhonero, las alumnas lolita y, sobre todo, un aviador acróbata, antiguo alumno del padre, que despierta una especie de loco amor, por usar la expresión del Arcipreste de Hita, en dos de las hermanas.

«El silencio de las cosas anunciaba el gran silencio femenino», señala enigmáticamente en otra novela de reciente aparición J. Legrand. Qué decir del silencio femenino, cómo enjuiciarlo, siquiera interpretarlo, tras estos versos demolidores de E. Bruck, que nos ofrece la prologuista de su testimonio: «Nacer por casualidad/nacer mujer/nacer pobre/nacer judía/es demasiado/para una sola vida». Y tanto.